



18 DE MAYO DE 1.875

CUCUTA

TRANSFIGURACION DESDE SUS RUINAS

Teniente Coronel
HERNANDO DELGADO CANAL

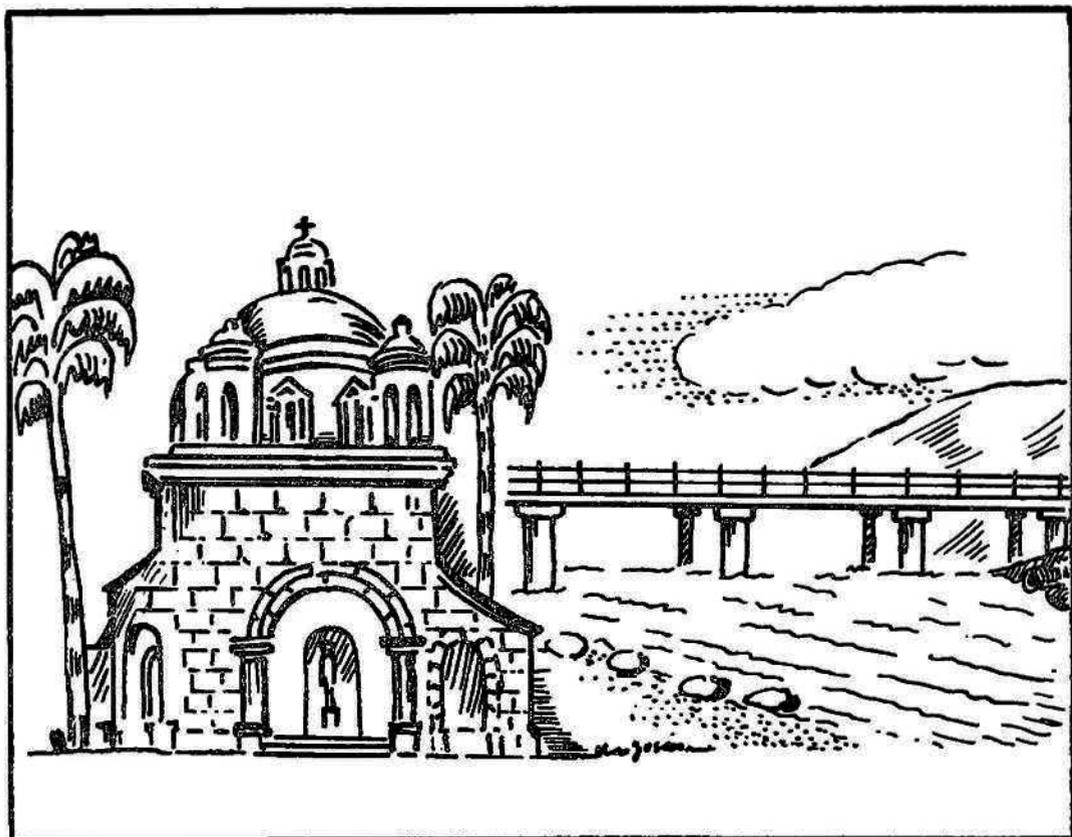
muy activo, particularmente por la vía de Maracaibo, y el lugar, ya con fama de rico, fue distinguido por el rey Carlos IV, en 1793, con el título de "muy Noble, Valerosa y Leal Villa de San José de Guasimal, Valle de Cúcuta". Se sabe que por entonces abarcaba unas treinta y cinco manzanas urbanizadas, con muy contadas casas y extensos solares: bien podía llamársela villa, y en cuanto a lealtad al soberano, se acreditaba por el recelo y poca simpatía con que había mirado la reciente insurrección de los Comuneros. El número de habitantes sería sensiblemente igual, si no un poco superior al de la cercana Villa del Rosario.

Promediando el siglo XVIII, el andariego y curioso presbítero Basilio Vicente Oviedo describe la incipiente parroquia de Cúcuta como "de renta competente, temperamento sano y abundante, tierra de comercio y en camino real, de administración muy fácil; pero añade un tanto desalentado", que hay en terreno muchas culebras, garrapatas y otras sabandijas y mucho calor". En efecto, el poblado, del más primitivo ambiente rústico, no vino a tomar figura de tal sino cuando la generosa dama Juana Rangel de Cuéllar cedió, para establecimiento del mismo, un lote de terreno, por escritura que fue firmada el 17 de junio de 1733 en la hacienda Tonchalá. Y, desde luego, no apareció con características de gran ciudad.

Con todo, la fortuna rodeó esta fundación que, en medio de fecundos caudales, se hizo centro de comercio

En los azares de la Independencia, brindó apoyo al Libertador, quien se apuntó allí mismo muy brillante triunfo, venciendo al español Correa, el 28 de febrero de 1813, e hizo gala de patriotismo, sirviendo de punto de partida para la famosa "campaña admirable," sobre Venezuela. Definitivamente republicana a partir de entonces, la menuda población era nombrada en primer término siempre que se hablaba del general Santander, comúnmente llamado "el cucutefío", aunque fuera rosariense, o del Congreso Constituyente de 1821, también denominado Congreso de Cúcuta. El célebre patriota y el monumento legislativo parecían deseosos de introducir en un porvenir sumamente halagador aquel lugar rayano, próximo al río Táchira, que habría de dividir dos patrias.

Visibles fueron los progresos de Cúcuta, en donde abundaban los caudales, por las transacciones de cacao, ya men-



cionadas, de afil, todavía no derrotado por la competencia industrial, de tabaco y hasta de café, que hicieron de Cúcuta emporio rector de toda la comarca y punto escogido para sus medros por extranjeros de diversas nacionalidades, llenos de ánimo empresario. Podíase, pues, pensar con Ancízar, en su inteligente *Peregrinación de Alpha*, en "cuán holgada sería la vida en lugares tan felices por la situación mercantil y la incansable fecundidad de

la mayor parte de las tierras". Solo que aquella bienandanza iba a ser interrumpida por uno de los cataclismos naturales de más vastas proporciones que se hayan sentido en Colombia, el terremoto del 18 de mayo de 1875.

A un siglo del infausto suceso, no hay para qué insistir en los pormenores de la tragedia, suficientemente conocidos, sino ponderar el que, habiendo sido ésta tan horrible, no anuló la voluntad de seguir viviendo que tenía el

pueblo de Cúcuta, cuando más bien el indomable valor con que se consagró a su reconstrucción quitó a la desgracia de un día su fatídico aspecto de irremediable, escribiendo así una de las páginas más seductoras de la historia nacional, como es esta maravillosa de una ciudad que surge transfigurada de entre sus ruinas.

El brutal sacudimiento telúrico no dejó en pie construcción alguna e hizo incontables víctimas, que algunos calculan en la mitad, por lo menos, de la población. De ser cinco mil, o acaso ocho mil, los moradores, los sepultados bajo los escombros subirían a cifra impresionante; pero, aun cuando las listas oficiales no identificaron sino a 461 muertos, 208 varones y 253 mujeres, estos recuentos son necesariamente incompletos, siendo evidente que allá rindieron sus vidas muchos más, del mismo modo que se deshizo en polvo una larga trayectoria de esfuerzos y lisonjeros logros, que eran orgullo de aquellas gentes.

La ciudad desaparecida entonces resurge hoy transformada en populosa capital que, con los 270.200 habitantes que arroja el último censo, descuella entre las principales de Colombia, no solo por el estilo urbanístico de envidiable belleza, sino también por muchos otros atributos importantes, cabecera de departamento y de diócesis, centro inigualado de convergencia turística, puerta de la Nación frente a la tierra de Bolívar. Hermosa ciudad es Cúcuta, y complace de veras recorrer sus anchas calles, al arrullo de continuas y risueñas arboledas, que se tornan bos-

ques de insólito primor en repetidos parques y, desde afuera, hermanan con la vegetación multicolor y amena con que todas las casas se engalanan. Esbeltos edificios, religiosos, cívicos, de educación o de alojamiento, se alzan por doquier, como símbolo de la acogida que la ciudad ofrece al hombre, y el ojo más exigente no acaba de regodearse con la profusa variedad de artículos que centenares de vitrinas muestran en artística emulación.

No faltará quien diga, por carecer de noticias exactas o simplemente por desdeñosa indiferencia, que Cúcuta no pasa de ser ruidosa feria, indicando con esto que no existe allí madurez espiritual. Pero creaciones valiosas de la cultura rectifican tan ligero parecer, y gusta nombrar la Universidad, con sus instalaciones excelentes y apreciable rendimiento, lo mismo que sus muchos colegios, enjambres de la estudiosa juventud, sus focos artísticos, la nutrida biblioteca departamental y algunas selectas agrupaciones académicas. También ha hecho allí progresos grandes la sanidad, ya que el aseo de lugares y personas desalojó las enfermedades endémicas de antes. Y, si fuéramos a recordar un caso notable de civismo, citaríamos el denominado Ferrocarril de Cúcuta, fruto del empeño de ciudadanos cucuteños, y que, antes aún de concluir el pasado siglo, constituía realidad sorprendente de transporte y economía.

Quedose, con todo, sin ejecución el emprendido Camino de San José al río Magdalena, merced al cual el sector de Cáchira, que hoy gravita del todo ha-

cia Bucaramanga, habría tenido enlace provechoso con la capital norteña. Y todavía es de deplorar que a Cúcuta, tan colmada de almacenes, le falten factorías industriales en mayor proporción, como fuentes de productividad autóctona. Del mismo modo miramos con pesar que las magníficas autopistas venezolanas no encuentren continuación digna del lado de acá de la frontera, pues la misma vía que a Pamplona conduce, por no citar sino uno de los varios enlaces de Cúcuta, apenas excede las condiciones ordinarias del camino carretero. No obstante ser suyo el prócer bajo cuya égida caminan am-

bos departamentos, el Norte de Santander, por tratamiento discrecional desde arriba o por escasa iniciativa de los propios, no alcanza la prosperidad que ostenta su homónimo del Sur.

Para terminar, diremos que Cúcuta estuvo afortunada al contar, para relator puntual de su historia, con el doctor y agradable escritor, **Luis Febres Cordero**, cuyos libros **Del antiguo Cúcuta** y **El Terremoto de Cúcuta**, revisten especial actualidad en ese año centenario de la catástrofe que dejó derruida una ciudad, que hoy vemos brillar transfigurada desde sus escombros.

